

***De diosas, musas, vírgenes, hadas, brujas, suegras, prostitutas, madrastras, madres y escritoras*¹**

Bettina Pacheco

Universidad de Los Andes. San Cristóbal. Venezuela.

Resumen

Establecer un concepto singular y unívoco de mujer es excesivamente reductor, pues la realidad la presenta como un sujeto fragmentado. Si bien ha quedado lejos la distinción maniquea Eva/María, la figura femenina sigue enfrentándose a las circunstancias histórico-culturales que la encasillan y la *desrealizan*. Además de esta Eva portadora del pecado, la mujer también ha sido estigmatizada bajo la figura de María Magdalena, la Bruja, la Celestina, la madrastra, la suegra... Sin embargo, a través de la literatura ha logrado ganar espacios y levantar un frente de batalla contra las represiones sociales. En medio de ese combate llama particularmente la atención la lucha contra la *Matrofobia*, ese impulso que llevaba a las primeras escritoras feministas a cargar negativamente la figura de la madre en su obra. Esta reivindicación de la figura materna en la literatura escrita por mujeres tiene sus representantes en Venezuela en los nombres de Laura Antilano, Hanni Ossot, Silda Cordoliani y un largo etcétera.

Palabras clave: Idealización-Demonización-Mujer-Literatura-Matrofobia

Abstract

To establish a singular and univocal concept of "woman" is excessively restrictive since reality shows her as a fragmented being. Despite the fact that the Eve/Mary Magdalene Manichaeic distinction has become obsolete, the female figure still confronts the historical and cultural circumstances that pigeonhole and desrealize her. Besides the idea of Eve as the bearer of sin, the woman has also been stigmatized under the figure of Mary Magdalene, the Witch, the Celestine, the step mother, the mother-in-law. However, through literature women have gained spaces and have raised a battle front against social repression. Amidst this battle, what is particularly noticeable is the struggle against the "Matrophobia" – the impulse that led the first feminists to confer a negative connotation to the figure of the mother in their work. Among the many female writers that search to reclaim the figure of the woman in Venezuela we can mention Laura Antilano, Hanni Ossot, Silda Cordoliani.

Key words: Idealization; Demonization; woman; literature; "Matrophobia"

La sustantivación múltiple con la que titulo estas notas se propone demostrar de entrada que hablar de la mujer en singular resulta poco menos que reductor, dada la experiencia femenina que en nuestro ámbito sociocultural ha ocasionado que el signo mujer funcione como signo fragmentado. Sería muy difícil para cualquiera de nosotras identificarse hoy con uno solo de los roles antes mencionados; orientadas como estamos hacia la búsqueda de imágenes conformadoras de una feminidad positiva, pasamos por la difícil disyuntiva de superar la tópica imaginaria de la feminidad convencional, representada sea por la virgen seducida y engañada de las novelas rosa, sea por la madre resignada dispuesta a los mayores sacrificios por sus hijos —imágenes que representan un ideal femenino basado en el modelo del amor sacrificial, en una “concepción masoquista del amor” que impide la emancipación de la mujer y niega la posibilidad de mejores representaciones de su verdadera feminidad (Martínez Garrido, 1994: 253)— o, en el peor de los casos, por las figuras abiertamente negativas de la prostituta vituperada o la mujer fatal, la diabólica devoradora de hombres, modelos conformados por el imaginario patriarcal.

Sin embargo, los nuevos modelos de mujer, surgidos luego de los movimientos feministas, no han sido menos difíciles de asumir; ya sabemos lo que para las féminas de hoy ha significado el tener que cumplir el rol de la *supermujer*, es decir, la buena madre, esposa perfecta, profesional eficiente y amante seductora (bella y joven por supuesto: a las mujeres no les están permitidas ni la fealdad ni la madurez), cuando no el rol de la guerrera solitaria, la que renuncia a tener una vida familiar y afectiva plena para dedicarse de lleno a desarrollar una exitosa profesión.

De modo que tal disyuntiva, la idealización y/o demonización de la feminidad, tantas veces señalada, bien merece que nos detengamos un poco para examinar las circunstancias histórico-

culturales que han determinado tal *desrealización* de la mujer, vigente aún en nuestra sociedad. Comencemos con la Diosa. Como bien señala Pepe Rodríguez, el concepto de Dios no apareció sino hasta el milenio III antes de Cristo, hasta entonces, según este autor, la especie humana sobrevivió y evolucionó totalmente desamparada en medio de un “planeta inhóspito”.

La concepción de la existencia de una entidad divina superior, todopoderosa, creadora del cielo y de la Tierra, proveedora y protectora del ser humano es fundamental para su existencia, tanto que, capitalizada por las diversas religiones, ha sido determinante en la formación de las culturas, influyendo de tal manera en las relaciones humanas y en el equilibrio de naciones que “En el nombre de Dios, de cualquier dios, se han hecho, hacen y harán las más gloriosas heroicidades, pero también las fechorías y masacres más atroces y execrables” (Rodríguez, 2000: 7).

De modo que su innegable y poderosa presencia en la psiquis humana ha permitido que se dote al ser supremo de una personalidad que posibilite alterar sus designios inapelables a favor de los intereses humanos, mediante la negociación y el pacto, lo que también ha traído consigo que sea difícil hacerse una idea de Dios si atendemos a las muy diversas formas, atribuciones y mandatos divinos propuestos por las distintas religiones, tan variados y contradictorios como épocas y culturas se han sucedido a lo largo del devenir histórico.

El dios de las religiones existe por gracia de la fe, no hay procedimiento empírico que pruebe su existencia ni la niegue de plano, pero del dios conceptual, es decir, del surgimiento de la idea de un ser superior en el seno de las diversas culturas, sí pueden dar cuenta disciplinas científicas como la historia, la arqueología, la antropología y la psicología.

Sin embargo, lo que nuestra formación religiosa no nos ha permitido plantearnos es por qué surge la idea de un Dios masculino, el cual domina en todas las religiones conocidas actualmente. En verdad resulta sorprendente comprobar, gracias a descubrimientos arqueológicos, que la primera deidad creadora/controladora era femenina, lo cual resulta absolutamente lógico si asumimos que el pensamiento primitivo arribaba a sus conceptos por analogía, por lo tanto era imposible que se le atribuyeran cualidades femeninas como la fertilidad, la procreación y la protección nutricia a una entidad masculina. De tal manera que la humanidad adoró, durante un período comprendido entre el 30.000 hasta el 3000 a.C., a una Diosa única, la Gran Diosa, hasta que progresivamente surgirá el dios masculino que se apropiará de las cualidades generadoras y protectoras de la diosa, relegándola al papel de esposa, hermana o madre del dios varón.

Esto que Pepe Rodríguez llama el “golpe de estado contra la diosa”, no fue inocente ya que trajo importantes cambios de diversa índole en la evolución histórico-social de la humanidad. Entre ellos no es posible dejar de mencionar que tal “aniquilación” de la Diosa por el Dios desencadenó la dinámica histórica que provocó la subyugación de la mujer por el varón. Con la pérdida de su autonomía, importancia y poder, ejercidos en las organizaciones matrilineales que vivían de la horticultura, la mujer y la Diosa no pudieron impedir que los hombres se hicieran del control simbólico y social que los convirtió en los señores de la producción, la cultura, la propiedad, la paternidad, el pensamiento y el derecho a la vida. De modo que, debido a cambios medioambientales y al incremento de la población que trajo nuevas formas de producción, como la agricultura y, mucho más tarde, la caza, nació la cultura patriarcal que tanto ha sojuzgado, y sigue haciéndolo, a las mujeres en el mundo.

Hallazgos arqueológicos, unas quinientas imágenes de diosas correspondientes al Paleolítico superior, demuestran que tales

estatuillas representaban el culto a lo femenino por sus poderes reproductivos y nutricios, cualidades exaltadas en las características de figuras de arcilla y hueso en las que son notables la pose estática, los brazos reposando sobre un gran vientre grávido y los rasgos femeninos deformados o exagerados, sobre todo los senos, caderas, nalgas y triángulo pubiano. Es así como la figura cosmogónica central de las culturas prehistóricas euroasiáticas será representada por un ícono femenino, objeto de adoración, que será la vulva de la Diosa, la Diosa Grávida o la Diosa Parturienta.

Sin embargo, a pesar de la usurpación que los dioses varones, “tan poderosos como presuntuosos”, han cometido, desplazando a la Diosa del sitio que le corresponde, ésta no ha perdido su lugar en el inconsciente colectivo de la humanidad, prueba de ello es la adoración que la religiosidad popular católica le rinde a las vírgenes, no hay duda de que el culto mariano actual dista mucho de ser igualado por cualquier otra deidad, baste mencionar para apoyar esta afirmación lo que significan la Virgen de Guadalupe para los mexicanos o la Virgen de la Chiquinquirá para los zulianos en Venezuela.

Siguiendo ese largo proceso de degradación de la Diosa nos encontramos con la figura bíblica de Eva, mito que transforma las relaciones de la Diosa, el árbol de la vida y la serpiente, símbolo de la regeneración, en un relato alegórico donde la Diosa se convierte en demonio —la serpiente— y el conocimiento en algo prohibido por culpa de la mujer, causante de todos los males de la humanidad. Tanto fue el daño de tal demonización que el cristianismo en la Edad Media europea, época profundamente antifeminista según Vladimir Acosta, uno de sus estudiosos más conspicuos, no concibió a la mujer sino de acuerdo a dos modelos: Eva, la pecadora, y María, la virgen, con predominio de la primera, por un período de casi diez siglos hasta el Renacimiento.

Esto trajo como consecuencia que los padres de la Iglesia vieran en la mujer la encarnación de Eva, “la tentadora, la maldición del hombre, la responsable de la pérdida del Paraíso y la inocencia, la fuente del Pecado Original, la culpable de que el destino humano sea el trabajo, el dolor y la muerte” (Acosta, 1993:11). Es notable, advierte Acosta, el sentido sexual que se le dio al mito; siguiendo la tradición del judaísmo tardío, el sexo fue visto como el punto de partida de todos los males ya que el pecado original, provocado por la desobediencia y la lujuria de Eva, se transmitiría, desde la expulsión del Paraíso, a través del coito y la concepción. Así el útero femenino se convirtió en receptáculo del pecado, provocando que la temprana literatura cristiana expresara un desprecio profundo hacia la mujer representada en Eva y hacia todos los atributos que le conciernen, es decir, belleza, sensualidad, amor carnal, atracción física, ataduras materiales y espirituales, fecundidad e, incluso, familia.

A esta concepción misógina de la mujer como puerta del Infierno, según escribió Tertuliano, en una posible alusión a la vagina, le salió como contrafigura la imagen de María, la virgen-mujer, revalorización del rol femenino producida por los cambios sufridos por la sociedad medieval europea a partir de los siglos XI y XII, en los que se observa una mayor expansión económica y cultural. La figura de la mujer “asciende”, en el imaginario cristiano a la categoría de Madre de Dios, de figura femenina digna de culto junto al Ser Supremo; ascenso, desde luego, con respecto a Eva, pero degradación con respecto a la Gran Diosa Paleolítica, como ya comenté antes. De este modo la virgen se convertirá en protectora de las mujeres pecadoras en las obras de Gonzalo de Berceo y Alfonso El Sabio. Con ello se exalta a María como figura modélica inalcanzable ya que la misma se fundamenta en el rechazo al amor carnal; María no es otra cosa que el culto a la virginidad que sólo a través de un milagro, como bien apunta Vladimir Acosta, pudo lograr la maternidad y

convertirse en la madre de Cristo, el Dios hecho hombre: he aquí “el asexuado e imposible ideal de mujer del cristianismo” (p. 20).

Es interesante detenerse a pensar cómo ambos mitos, el de Eva y el de la virgen María se sintetizan en Evita Perón, ese gran mito contemporáneo argentino. Más sorprendente aún si recordamos que su nombre era María Eva Duarte de Perón. De ahí la ambigüedad que le es inherente como a todo mito y que la convirtió en Santa, en la Gran Diosa de los pobres, sus descamisados y, al mismo tiempo, paradójicamente, en la Eva pecadora, arribista y ambiciosa, esposa del poderoso, envidiada y detestada por las oligarquías argentinas de su tiempo.

No hay duda de que la imagen real de la mujer propuesta por el cristianismo oscilará entre la mujer corriente, ni santa ni prostituta, que se somete a las prescripciones de la Iglesia y, por ello, poco interesante como motivo literario, y la pecadora que se redime hasta alcanzar el ideal de María la virgen. Son muchos los aleccionadores modelos de estas pecadoras que surgen durante el cristianismo medieval y que pueblan su literatura e historia religiosa, entre los que se pueden citar, además de María Magdalena, a María Egipciaca, prostituta redimida por la virgen en un templo de Jerusalem, personajes que denotan una cierta humanización de la Iglesia con respecto a las mujeres, al permitir la posibilidad de reivindicar a la pecadora, salvada por su arrepentimiento y ansia de santidad y pureza.

Otra figura que demuestra la misógina cultura medieval es la bruja, la cual comienza como imagen de reminiscencia pagana o como personaje propio de la superstición campesina hasta convertirse en símbolo del pecado y del culto a Satán, ya que las mismas fueron asociadas por la Iglesia de la Alta Edad Media con las sectas heréticas, el descontento social reinante y los problemas del poder tanto de la Iglesia como del

Estado. No obstante, como bien apunta Acosta, la brujería era cosa sólo de mujeres, con frecuencia viejas y pobres, ya que pocos hombres fueron declarados brujos, puesto que éstos, dado el caso, se consideraban magos, relacionados por ello con la ciencia y el poder.

De nuevo la mujer se convierte en el chivo expiatorio de los males sociales, ya que el poder patriarcal de fines de la Edad Media, la considerará como agente de una conspiración demoníaca contra el orden social y el poder que lo sustenta. Tal demonización de la mujer se legitimó con un libro que apareció a fines del siglo XV: el *Malleus Maleficarum*, *Martillo de brujas*, escrito por Kramer y Sprenger, dos inquisidores dominicos alemanes. El morboso libro no se contentó con describir la cópula de las brujas con demonios, o de asegurar que éstas matan a los niños en el útero de las madres, provocan impotencia en los hombres o preparan filtros mágicos para causar daños, sino que ofrece argumentos teológicos que aseguran la propensión de las mujeres a la brujería. Es importante mencionar la aclaratoria que Acosta hace sobre el período histórico que se caracterizó por la infamante cacería de brujas, la cual no es correcto atribuírsela a la Edad Media solamente, ya que sus monstruosas hogueras llenaron de humo al Renacimiento y al siglo XVII, constituyéndose en “la cara tenebrosa y antifeminista del Mundo Moderno y del Racionalismo, tan alabados por los historiadores desde otras perspectivas” (p. 28).

A esta altura no es difícil concluir que ninguna de las imágenes de mujer expuestas hasta ahora está exenta de paradoja, que todas ellas, salvo la Gran Diosa, se resuelven en medio de la dialéctica pendular de la idealización/demonización que las define, procesos desrealizadores de lo femenino que han provocado la identidad conflictiva que aqueja a las mujeres, producto de un inconsciente androcéntrico que nos ha convencido de la superioridad del género masculino y, por ello, merecedor de nuestra subordinación e

incondicionalidad. Para esto han contribuido nuestra formación religiosa y la educación tradicional. Basta recordar la cantidad de personajes femeninos que pueblan los cuentos clásicos infantiles, llenos de brujas y madrastras, figuras maternas negativas, los cuales llenaron el imaginario de niños y niñas de mujeres malvadas. Un estudio ha demostrado que el ochenta por ciento de las figuras negativas presentes en los cuentos de los hermanos Grimm, son personajes femeninos.

Igualmente el imaginario popular, transmitido cotidianamente a través de chistes y conversaciones hogareñas, ha aportado lo suyo a la hora de demonizar a la suegra, referida casi siempre a la madre de la mujer, lo que demuestra, según Dolores Juliano, los intentos de la sociedad patriarcal por dominar a la mujer no permitiendo la asociación en el ámbito doméstico, quebrando las redes de comunicación que de manera eficaz han establecido las mujeres en el círculo familiar y social. De ahí la necesidad del hombre de separar a madre e hija, burlándose y caricaturizando a la suegra, presentándola como mujer agresiva y peligrosa, verdadera amenaza para la supremacía masculina. Lo mismo ocurrió con aquellas mujeres caritativas que hacían el bien asistiendo a enfermos y ancianos o acudiendo a entierros y que fueron desvalorizadas con el mote de “celestinas” (Juliano, 2001: 36).

La misma Juliano, a pesar de que reconoce la ambigüedad y polisemia con la que están cargados los personajes femeninos de los cuentos de hadas, también afirma que tales historias le permitían a las niñas imaginar un destino distinto de riqueza y amor, lejano de la sujeción a la autoridad masculina como única posibilidad de vida para las mujeres hasta el siglo XIX. Y es ahí, en el terreno de lo literario, el ámbito donde se resuelven las paradojas, o por lo menos, si asumimos que tal aspiración resulta de suyo imposible, el lugar

donde todas ellas tienen acogida, donde quiero desembocar: el recinto de la escritura, uno de los tantos recursos de resistencia femenina ante los patrones impuestos por una sociedad donde existen las discriminaciones de género.

También quiero detenerme en uno de los modelos de mujer pleno de tópicos sin por ello dejar de ser controversial: la figura materna. En torno a esta figura resulta interesante constatar la presencia/ausencia de la imagen de la madre como personaje en las obras de las mujeres, así como el tratamiento de la relación madre/hija en las obras literarias escritas por ellas. Se trata éste último de un tema poco frecuente en la literatura universal y que ha comenzado a aparecer con la incursión femenina en la misma; ejemplos recientes los tenemos en novelas como *El club de la buena estrella*, de Amy Tan, en *Paula*, de Isabel Allende, o en *Donde el corazón te lleve*, Susanna Tamaro.

La problematización de la figura de la madre acusa una evolución desde la ausencia de ésta en las obras de narradoras inglesas del XIX como Charlotte Brontë, Jane Austen o George Eliot, hasta la presencia de variados retratos maternos ofrecidos por diversas narradoras angloamericanas y canadienses del siglo XX, en las que es posible observar, sobre todo en la primera época del feminismo, la conformación negativa de la figura materna, ofreciendo una imagen de mujer sumisa, no realizada vitalmente, con la que la escritora se resiste a identificarse. Se trata de lo que Pilar Hidalgo (1995: 97) ha llamado “matrofobia” y que todavía se mantiene en algunas escritoras, a pesar de que la narrativa del posfeminismo angloamericano más reciente está ofreciendo otra visión de la figura materna, ya que ahora es posible encontrarse con buenas madres que muchas veces apoyan a sus hijas o son incomprendidas por ellas, debido a sus desequilibrios emocionales o a su posición errada en el mundo; lo que conduce, sin duda, hacia una revalorización de esta figura.

En Venezuela, Teresa de la Parra ofrece en *Memorias de Mamá Blanca* un inimitable canto al amor materno y a la genealogía femenina contrastada con la opaca presencia paterna, distante aunque bondadosa y condescendiente, disuelta en su anhelo de transmitir su herencia al hijo que nunca llega, destronado por el reinado femenino que en Piedra Azul tiene su asiento.

Otro homenaje a la madre lo encontramos en el memorable cuento de Laura Antillano, “La luna no es pan de horno”, que se construye como diálogo con la madre muerta, diálogo imposible que al volcarse en la escritura da cuenta de la difícil relación madre/hija, de las incomprensiones, de la sensación de soledad, de ser inconcluso que la ausencia definitiva de la madre deja, pero que aún así le hace ver a la narradora el amor profundo que las unió en vida, así como la revelación de que la madre es esa otra que la habita, cuya visión y memoria no la abandona. Darse cuenta de ello hará decir a la narradora: “Fue una noche de ésas cuando descubrí que usted estaba allí, estaba dentro de mí, era yo misma ¿comprende?”

También Hanni Ossot evoca a la madre muerta en su poemario *Casa de agua y de sombra*, donde la voz poética, agobiada por la soledad y la pérdida, persigue la imagen elusiva de la madre, buscándola en baúles, closets y fotos viejas, hasta encontrarla frente al espejo, dentro de sí, como esa otra que también es ella misma, por eso exclama: “Ella, la bella/ no morirá en mí”. Silda Cordoliani ofrece otras imágenes de la madre en tres de los cuentos que conforman el libro de relatos *Babilonia*. El cuento que lleva este mismo título dibuja un mundo femenino en el que la genealogía constituida por abuela/ madre/ hija habla de la transmisión de conocimientos y experiencias que a las mujeres concierne, la iniciación amorosa en este caso, y que sólo bajo el amparo de lo materno estará a salvo. Y si en el cuento “Soledad” habla de la relación estrecha entre madre e hija, la cual lleva a la muerte a esta última, en “Despedida pospuesta” se hace presente el tema de la

matrofobia, de la cruel mirada de la hija hacia la madre que se deteriora en plena vejez y que siempre fue modelo rechazado por su sumisión. El denominador común que acerca a los tres cuentos es la figura degradada del hombre, ya sea el amante iniciador que ya no es el príncipe azul que se quedará para siempre, sino un extranjero que está de paso, al que le faltan unas piezas dentales y cuyas manos son callosas; o el dueño de hacienda, machista y cruel, que asesina, en un arranque de prepotencia, a la hija en el regazo de la madre que era su sirvienta y esclava sexual; o el padre alcohólico que defraudó el amor de la hija.

Otro cuento matrofóbico es el titulado “Amar a mi madre no es fácil”, de la escritora tachirense Marisol Pérez Melgarejo. Éste no da cuenta, sin embargo, de la relación madre/hija, ya que quien narra es un niño aplastado por la sobreprotección y el autoritarismo castrante de la madre, tema recurrente en la narrativa matrofóbica de las narradoras angloamericanas. El parentesco con los cuentos de Cordoliani es el de perfilar también la figura degradada del padre alcohólico.

De modo que textos como éstos se constituyen en una significativa aportación a la literatura, desde el imaginario femenino, ya que permiten la problematización y/o revalorización de un personaje poco tratado por nuestros escritores y escritoras. Quizá son un acto de justicia desde el plano simbólico tanto con la figura de la madre como con su historia y sus saberes.

Pero en los textos literarios citados se asume el tema de la madre de la manera más usual: se habla de ella, manifestándole amor, admiración, agradecimiento o rechazo. Serán las poetisas las que por primera vez en Venezuela le concederán voz a la madre hablando desde su propia experiencia maternal. Y es que “la rebelión de las musas”, según el decir del crítico Julio Miranda (1993: 221), a partir de los años 80 trajo aires renovadores para la poesía venezolana,

hasta el punto de que poetas como Rafael Arraiz Lucca, Igor Barreto y Harry Almela se hicieron eco a través de su creación de un cambio de sensibilidad, dejando de lado las rigideces temáticas y expresivas para liberar “el ánimo reprimida”. Ello como respuesta a lo que el mismo Miranda considera como el desafío lanzado por el discurso de las mujeres, sin el cual “la impregnación de lo masculino por lo femenino”, que este crítico aprecia en los poetas mencionados y en muchos otros, no hubiera sido posible.

El tema de la madre será despojado por las poetas de idealización —“nuestras poetas son madres terribles”, dirá Miranda con acierto—, prueba de ello es este poema de Miyó Vestrini titulado “El Día de las Madres”; nótese la ironización que sobre la celebración de este día se realiza aquí mediante la representación exenta de lirismo de la escena compartida entre madre e hijo, donde se confronta, además, el carácter comercial que se le ha dado a esta fecha en nuestra sociedad de consumo:

Hoy
día de la madre,
el flaco me llevó a una ferretería
para comprar una llave de paso.
Y le pregunté
¿no piensas comprarle una batica a tu mamá?
Se acercó,
me besó
y me contestó,
“el lunes pensaré en eso”.
Nos fuimos a casa,
cocinó para mí,
escuchamos a Luis Alcaraz,
Daniel Santos y Maelo.
Decidimos que éramos hijos de probetas

fecundados en matrices de cochinos.

Eso impidió toda discusión.

(De *Valiente ciudadano*, 1993)

Precursora de este hablar la maternidad desde la maternidad misma, es la poeta María Calcaño. Nacida en Maracaibo en 1906 es la primera mujer en tematizar entre nosotros, además de la maternidad y la sexualidad femenina explícita, el aborto y la menstruación, lo que hizo que su primer libro, *Alas fatales*, fuera calificado de inmoral cuando se publicó en 1935. Leamos este estremecedor poema que alude al desgarro de la maternidad interrumpida:

Desangre

Tenía un recuerdo
de mañanas lindas
sujeto en los ojos, y esta mañana
se me vino del tronco
el hijo nuevo...
¡y se me ha roto el gozo!

Fracaso de la siembra pródiga
en el vientre de miseria.
¡Sangre mía absoluta!,
impetuosa
y ardiente:
¡cómo deseo ahora,
con el orgullo suelto,
sentirte toda pimpollada
en cien brotes altos!

La raíz, lastimada.
Los pezones baldíos.
Mi gozo en suspenso.
Y la vida me duele

Sólo me resta acotar, para concluir, que todos estos textos demuestran que la imagen de la madre no estaba completa hasta que ella misma tomó la palabra para hablarnos de una experiencia trascendental en la vida de toda mujer que, a pesar del dolor y sufrimiento que implica, se hace indispensable, como bien dice la poeta nicaragüense Gioconda Belli al final del poema dedicado al nacimiento de su hija, porque "...el amor es más grande que todas las contradicciones".

Referencias

- ACOSTA, Vladimir. (1993). Eva y María. La mujer en la simbología y en la literatura cristiana medieval. En V.V.A.A. *Diosas, musas y mujeres*. Caracas: Monte Ávila Latinoamericana, pp. 11-33.
- ANTILLANO, Laura. (1987). *La luna no es pan de horno*. Caracas: Monte Ávila Editores, pp. 11-25.
- BELLI, Gioconda. (1998). *Apogeo*. Madrid: Visor.
- CALCAÑO, María. (1983). *Antología poética*. Maracaibo: Editorial de la Universidad del Zulia.
- CORDOLIANI, Silda. (1993). *Babilonia*. Caracas: Fundarte, 1993, pp. 61-65; 27-31 y 32-37.
- GUERRA, Lucía. (1994). *La mujer fragmentada: historias de un signo*. Bogotá: casa/Colcultura
- HIDALGO, Pilar. (1995). *Tiempo de mujeres*. Madrid, horas y HORAS, 1995.
- JULIANO, Dolores. (2001). *El juego de las astucias. Mujer y construcción de modelos sociales alternativos*. Madrid; horas y HORAS.
- MARTÍNEZ GARRIDO, Elisa. (1994). El mito de la 'virgen perseguida' en una novela femenina y feminista. En *La mujer elogio y vituperio*. Tomo I, Actas del IX Simposio de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada. Zaragoza, pp. 253-261.
- MIRANDA, Julio. (1993). La rebelión de las musas. En V.V.A.A. *Diosas, musas*

VOZ Y ESCRITURA. REVISTA DE ESTUDIOS LITERARIOS. Nº 14, enero-diciembre 2004. Pacheco, Betina. *De diosas, musas, vírgenes, hadas, brujas, suegras, prostitutas, adrastras, madres y escritoras*, pp. 191-207.

y mujeres. Caracas: Monte Avila Latinoamericana, pp. 221-227

OSSOT, Hanni. (1992). *Casa de agua y de sombra*. Caracas: Monte Avila Editores.

PARRA, Teresa de la. (1982). *Memorias de Mamá Blanca*. En *Obra*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1982, pp. 315-405.

PÉREZ MELGAREJO, Marisol (s/f). *Laberinto*. San Cristóbal: Biblioteca de Temas y Autores Tachirenses, pp. 45-50.

RODRÍQUEZ, Pepe. (2000). *Dios nació mujer*. España: Punto de lectura

VESTRINI, Miyó. (1993). *Todos los poemas*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana.